

que ese paso debía darlo sin precipitación alguna, y con toda la calma que requería la gravedad del negocio que teníamos entre manos.

Lo expuesto, según recuerdo, lo presenciaron los generales Mendoza, Mejía, Paz, Prieto y García, aunque no estoy cierto enteramente de que hayan estado presentes dos de los generales mencionados.

Contesté algunas horas después la nota citada, renovando los argumentos que hice valer en la conferencia habida antes de los sucesos del 25 de Abril; repitiendo también, que yo, ni proponería, ni admitiría capitulación alguna, ni pensaba, ni había pensado jamás en la tal capitulación. Les manifestaba que aunque tenía la conciencia de que la plaza debía perderse, la tenía también de que había obtenido ya una victoria con sólo la prolongación de la defensa, y que de esta manera era cómo se explicaba la constancia que había tenido en defenderla y en no abandonarla, pues que los mismos señores generales sabían que en los sitios modernos, las plazas de primer orden sucumbían casi siempre antes de los treinta y uno á cuarenta días; y concluía recordándoles sus deberes como soldados y muy especialmente los compromisos que se habían contraído en la junta habida en Palacio antes de dar principio al asedio de la plaza. No me olvidé de decirles: que ni uno sólo de los generales, jefes, oficiales y soldados del Cuerpo de ejército de Oriente, me habían indicado como conveniente la salida y abandono de la plaza, á excepción de los generales de que he hecho mención.

Después de escrita esta nota, creí que no era político ni oportuno entregarla, porque con ella no conseguiría otra cosa que agriar los ánimos entrando en contestaciones ó controversias ajenas de mi posición militar, é incompatibles con la situación en que se hallaba la ciudad, la que exigía de mi parte toda la prudencia y toda la energía que fuera posible.

Por esto, pues, no entregué la nota que he citado, reservándome hacerlo cuando fuera más oportuno. Lo que no llegó á tener verificativo por los sucesos que después tuvieron lugar.

Escribí de nuevo al general Comonfort, diciéndole: que en atención á que no había podido realizarse la introducción de víveres, iba á romper el cerco el día 14, y que esperaba, que el Cuerpo de ejér-

cito del Centro llamara simplemente la atención del enemigo, haciendo un movimiento hácia el pueblo de Ocotlan. Le decía también: que me diera aviso de la recepción de mi carta, por medio de una señal que debía colocar sobre la cúspide de determinado cerro.

A los generales que mandaban divisiones les repetí la orden de los días precedentes. Al comandante general de artillería le previne: que sólo alistara treinta piezas, y no setenta como se lo había ordenado la vez anterior: porque creí que para el día 14 apenas quedaría la dotación absolutamente indispensable para el citado número de treinta piezas, manifestándole que para que se verificara el rompimiento del resto de nuestra artillería con toda la precaución posible, cuando fuera conveniente, yo mismo en persona y dos de mis ayudantes lo acompañaríamos en los trabajos que requería aquella operación.

Al general Cuartel-Maestre le ordené: que se ocupara preferentemente, de formular el plan que debía servir para romper el cerco y salir de la plaza el Cuerpo de ejército de Oriente.

Al siguiente día me presentó dicho señor los puntos generales que iban á servir de base para la formación del plan mencionado; y no estando yo de conformidad con todos ellos, le hice algunas observaciones, para que las tuviera presentes al redactar y formar aquel documento.

Los ataques del enemigo debilitados notablemente por los sucesos del 25 de Abril, comenzaron de nuevo de una manera ruda y vigorosa, si bien esos ataques sólo tenían por objeto concluir el cerco y obras de contravalación á la plaza, hostilizándola fuerte y tenazmente, mas no abrir nuevas brechas ni intentar nuevos asaltos.

Los combates comenzaron también de nuevo fuera de las murallas, teniendo para ello que hacer repetidas salidas, durante la noche, las fuerzas que se hallaban á las órdenes del general Patoni, pertenecientes á los Estados de Durango y Chihuahua y que defendían el fuerte de Ingenieros, las que mandaba el general Pinzon correspondientes al Estado de Guerrero y que guarnecían el fuerte de Zaragoza, y las que obedecían al ciudadano coronel Joaquin Sánchez-Roman correspondientes al Estado de Zacatecas y que custodiaban el fuerte del Carmen.

Muchos de nuestros valientes sacrificaron en esas salidas y en las aras de la patria, su preciosa existencia. No doy aquí sus nombres, para orgullo y satisfaccion de México, por no recordarlos.

En ellas tambien murió valerosamente, cerca de la Magdalena, el bravo coronel de guardia nacional de Zacatecas, C. Gregorio Alcántara.

El 11 los fuegos fueron bastante nutridos, y muy especialmente en la línea del Cármen á Ingenieros.

El 12 fueron mucho más nutridos, y más rudos los ataques, fuera de las murallas y durante la noche, que los dias anteriores.

En la tarde de ese mismo dia me coloqué, en union del Cuartel-Maestre, sobre la torre de la Soledad, á fin de examinar y determinar los puntos por donde debía efectuarse la salida.

La oscuridad producida por el polvo, el humo y la calina, no permitieron que fijáramos con toda precision los puntos referidos; pero por lo que respecta á mi parte, completé el plan general que me habia propuesto formar y llevar á cabo.

Cuando me hallaba en la torre de la Soledad, presencié uno de tantos espectáculos tristes de los muchos que ofrecia el sitio de Zaragoza.

Multitud de familias compuestas de mujeres y niños presididas por un caballero envuelto en una capa romana y con un niño en los brazos, acosadas por el hambre, prefirieron afrontar la muerte á permanecer en la ciudad atacada.

Colocada en grupos diseminados aquella gran caravana por toda la arqueria que hay del Cármen á Ingenieros, intentó pasar el cerco enemigo con la protección de algunas banderas blancas, con la que le daba la edad y sexo de las personas de que se componia distinguido todo de una manera flagrante á la luz plena del sol, y por un punto donde no habia fuegos, ni podían embarazar con su salida alguna operacion militar.

El ejército francés que conocia la escasez de municiones de boca y guerra que habia en la plaza, quiso, como era natural, hacer más violenta la situacion de aquella por todos los medios posibles. Así es, que tan luego como notó que intentaban salir del recinto fortifi-

cado las mujeres y niños de que me ocupo, rompió sus fuegos sobre ellos, de las obras de contravalacion que construyera por aquel rumbo.

Las familias se replegaron á las casas de la ciudad, y poco despues intentaron nuevas y repetidas salidas, tomando las señoras, en los brazos y de las manos, á sus pequeños hijos, y marchando de esta manera por los puntos más visibles de la llanura.

El ejército francés volvía de nuevo á hacer fuego sobre ellas.

Hasta las últimas horas de la tarde estuve presenciando aquel cuadro, formado de dos colores opuestos. Por una parte se veía una violenta é inusitada desesperacion; por otra un cálculo indiferente, frio y glacial.

Los fuegos continuaron durante la noche con mucha actividad, sostenidos fuera de los muros, por las tropas que se hallaban en los fuertes de Ingenieros, Cármen y Zaragoza, pero muy especialmente por las de Durango y Chihuahua que defendían al primero, y cuyo fuerte era el que entonces sufría los más rudos ataques.

El enemigo habia concluido enteramente las obras de contravalacion.

El dia 13 por la mañana el ejército sitiador hizo jugar todas sus baterías sobre el citado fuerte de Ingenieros, haciéndolo punto objetivo de sus ataques, sin dejar de hostilizar con sus proyectiles al Cármen, con el objeto, sin duda, de que este fuerte no protegiera enérgicamente al de Ingenieros.

Poco despues el general Patoni me mandó decir con uno de sus ayudantes: que si le permitía hacer una salida fuera de murallas, sobre las paralelas y puntos retrincherados del enemigo.

Le contesté por la afirmativa, previniéndole solamente: que no hiciera el movimiento sino hasta la hora señalada por el cuartel general.

Mandé en el acto que se aprestaran todas las reservas de la plaza, puse á las órdenes del mismo general Patoni parte de las fuerzas que mandaba el general Negrete, y cuando todo estaba preparado, mandé decir al primero de dichos generales, que ya era hora de verificar la salida y de atacar la línea francesa.

Con el movimiento iniciado por aquel general no me propuse ha-

cer una simple aunque ruda hostilización al enemigo, ni dar por medio de él una prueba más de la valentía y arrojo de nuestros soldados, que atacaban puntos retrincherados sin abrir previamente la brecha respectiva, sino que principalmente me propuse poner en claro las potencias de sus parapetos, la colocación de sus fuerzas, y el número que de éstas defendía las obras de contravalación y puntos elegidos para sus emboscadas.

La salida se verificó en muy buen orden, y el ataque estuvo sangriento y reñido, habiendo quedado muertos, jefes, oficiales y tropa de los valientes hijos de Durango y Chihuahua, sobre el glasis de las obras francesas.

Uno de los soldados de las fuerzas que he mencionado, herido gravemente de las dos piernas, se liga las heridas con el auxilio de sus compañeros, y sosteniéndose del muro, sigue haciendo fuego sin permitir que lo quiten de su puesto. Otro cae herido, entre otros muchos, en la llanura que se interponía entre el fuerte de Ingenieros y los parapetos levantados por los sitiadores, y arrastrándose, recoge algunos cadáveres de sus compañeros, y formando con ellos una trinchera, después de haberles quitado las cartucheras, sigue haciendo fuego durante el día.

Yo mismo estuve presenciando este sublime espectáculo con el auxilio del lente, desde la cima del Palacio. Como era natural, pedí los nombres de aquellos valientes, para dejarlos consignados en mis apuntes y darlos en este parte, mas ya el Supremo Gobierno sabe los motivos que se han interpuesto á la realización de mis deseos.

No sólo las fuerzas de Durango y Chihuahua escribieron con su valor una línea en la crónica de la defensa de Puebla de Zaragoza: rasgos de tanto heroísmo como los que dejo citados, se repitieron y aún casi se hicieron comunes por soldados de los Estados de Puebla y Veracruz, de Jalisco y Aguascalientes, de México y el Distrito Federal, de Chiapas y Guerrero, de Oaxaca y Tlaxcala, de Michoacán y Querétaro, de Guanajuato y Nuevo Leon, y de San Luis y Zacatecas.

Permítame vd., señor Ministro, hacer ante el Supremo Gobierno, aunque parezca inoportuno el lugar, una mención muy especial y altamente honorífica del tan pobre y lejano Estado de Chiapas,

cuanto patriota y amante de la independencia y glorias de México. Ese Estado, y su digno gobernador, fué de los que más se distinguieron en los servicios prestados al ejército de Oriente.

Concluida esta digresión, sigo el orden cronológico de los acontecimientos.

Los fuertes atacados habían consumido las municiones de guerra que había en nuestros almacenes; y por esto di orden reservadamente al comandante general de artillería, que de los repuestos de los fuertes que no estaban atacados, se surtieran los fuertes que lo estaban, dejando á los primeros una dotación de veinticinco tiros por pieza.

Es de advertir, que ya una gran parte de nuestra artillería estaba completamente inútil, por haber concluido en lo absoluto las municiones que correspondían al calibre de las piezas que se pusieron en receso.

Las causas que justificaban esta medida no podían revelarse, y por lo mismo ella produjo una alarma en algunos de los defensores de los fuertes.

El general Gayosso me dirigió una comunicación con el carácter de muy urgente, en la que, con términos comedidos y respetuosos propios de un veterano subordinado, como lo es Gayosso, me manifestaba: que no era ni podía ser responsable de la suerte que tuviera que correr el fuerte de Guadalupe, cuando las pocas piezas con que estaba artillado quedaban reducidas á una dotación tan insignificante y miserable que no bastaba para sostener dos horas de fuego.

En contestación mandé decir al citado general, verbal y reservadamente, que la medida ántes dicha, la motivaba un pensamiento que en general afectaba á todo el Cuerpo de ejército y necesitaba poner en práctica, y que estuviera tranquilo por lo que respectaba á su responsabilidad, porque como soldado no tenía otra que estar, como lo había hecho desde el principio del asedio, con pocos ó muchos elementos de guerra, en el punto que se le designara.

Las señas que esperaba del señor general Comonfort para que me indicara la recepción de mi carta, no habían llegado á aparecer.

Los fuegos, con muy pocos intervalos, continuaron con mucha fuerza durante la noche de ese día.

A las seis de la mañana del día 14 el enemigo los rompió de un modo sumamente nutrido con todas sus baterías, sobre el fuerte de Ingenieros. Este fuerte contestó vigorosamente, como lo había estado haciendo.

Ese mismo día celebré con el general francés un armisticio, el que tuvo por objeto levantar los cadáveres pertenecientes á nuestro Cuerpo de ejército, que se hallaban tirados sobre la llanura y al pié de los parapetos del enemigo.

La noche de ese día era la que yo tenía señalada para romper el cerco, pero ni había recibido contestacion alguna del general Comonfort, ni habían aparecido tampoco las señas que le dije pusiera para indicarme que mi carta no había sufrido extravío, no obstante haber sido tres los correos que mandé por distintos rumbos y á distintas horas, conduciendo aquel importante pliego.

Todo esto me demostraba, aunque de una manera dudosa, que el general Comonfort no había recibido mi carta, que ésta había caído en poder de los sitiadores, y que ellos por medio de su lectura se habían impuesto de mis planes y proyectos.

Esto no obstante, creí que dentro de poco vería desvanecidos mis temores, y esperé en consecuencia la contestacion ó las señas, para disponer el movimiento de la plaza.

La noche se pasó sin que se recibiera la primera ni se observaran las segundas.

Los fuegos continuaron durante toda ella, con la misma fuerza que los días anteriores.

Nuestras municiones de guerra iban acabando del todo.

El día anterior, ó el 12, según recuerdo, se me vendió una cantidad de trigo, por el C. coronel Joaquin Colombres, cuya existencia no había llegado á conocimiento del referido coronel, según me manifestó, sino hasta la hora en que me hiciera la venta.

Estos granos se encontraban en un punto inmediato á otro ocupado por los franceses; así es que fué necesario que las fuerzas de Zacatecas hicieran repetidas salidas del Cármen durante la noche,

para conservar el punto en que se hallaba el depósito y poder trasladarlo al interior de la plaza.

Dispuse que aquel trigo, que se componía de ménos de mil cargas, se consumiera de este modo: que se vendieran seiscientas para los habitantes de Zaragoza, y que se dejara el resto para que pudiera vivir dos ó tres días más, el Cuerpo de ejército de Oriente.

Este hallazgo, que así puedo llamarlo, atenuó en parte la angustiada situacion de la ciudad y de sus defensores por falta de víveres.

Entre cinco y seis de la mañana del 15, el enemigo rompió de nuevo el fuego de sus baterías sobre el fuerte de Ingenieros. Éste volvió á contestar con el mismo vigor con que lo había estado haciendo: otro tanto hicieron en su auxilio los del Cármen y Zaragoza.

Después de haber pasado aquel fuerte cañoneo, me dió parte reservadamente el comandante general de artillería, que los cartuchos para tiros de cañon estaban al concluir, y que la pólvora con que se construían había acabado enteramente.

Ni uno sólo de los correos que había mandado al señor general Comonfort daba la vuelta todavía.

Las señas no se observaban sobre la cúspide del cerro, no obstante estar distiguiéndose perfectamente éste, por lo limpio de la atmósfera.

En atencion á todo esto, mandé citar una junta de guerra, á la que concurrieron los generales Mendoza, Paz, Berriozábal, Negrete, Antillon, Alatorre, Llave y Mejía.

Reunidos estos señores, les hice presente, de una manera suscita, la situacion en que se hallaba la plaza; los medios de que se había valido el cuartel general para la introduccion de víveres desde el principio del asedio; las fuerzas que con este objeto había hecho salir de la ciudad, de las que no había vuelto ni la más pequeña fraccion, porque quedaron agregadas, por disposicion superior, al Cuerpo de ejército del Centro; la resolucion que había tomado para salir de la plaza, así como el contenido de las cartas que con el mismo objeto dirigí al general Comonfort, de las que no había recibido hasta entónces contestacion alguna; y finalmente les manifesté, cuáles eran las instrucciones que últimamente había recibido del Gobierno

en las que se me prevenía, que cuando le faltaran municiones á la plaza, de boca y guerra, ó alguno de estos dos elementos, rompiera el cerco para salvar todo el material de guerra posible, y muy especialmente al personal del Cuerpo de ejército de mi mando; pero que se ponía como una condición prévia en las mismas instrucciones, la de que cuando fuera indispensable practicar esta operacion, concurrieran ambos Cuerpos de ejército, y que cumpliendo por mi parte, con el contenido de ellas, había hecho salir de la plaza, en esos dias, algunos correos, de los que hasta esa hora, no había dado la vuelta uno sólo, y que en consecuencia, ignoraba aún el punto donde pudiera hallarse el Cuerpo de ejército del Centro: concluía con pedir la opinion de cada uno de dichos generales.

Hubo una larga discusion respecto de la conveniencia de que la plaza no capitulara, de lo remoto que era que el general Forey concediera á los defensores de ella, salir de sus muros con todos los honores de guerra y con los elementos que poseían y habían sabido conservar.

Como una explicacion á las dudas que suscitaban aquellos argumentos y otros que se adujeron, relativos al mismo objeto, contesté del modo siguiente: que nada importaba que el general Forey concediera ó no concediera la salida de la plaza al Cuerpo de ejército de Oriente; porque el honor de éste y el de la República, objeto único porque se había peleado y por el que yo había hecho que permanecieran nuestras tropas hasta ese dia sobre las murallas de Zaragoza; se salvaría de todas maneras. Porque si el general francés se negaba conceder la salida á los defensores de la plaza, con los honores correspondientes, estaba yo resuelto á mandar romper toda la artillería, para lo que tenía ya dadas las órdenes respectivas, á destruir todo el armamento, á disolver al Cuerpo de ejército de Oriente, á entregar prisionero y sin garantías al cuadro de generales, jefes y oficiales, y á decirle al general francés: que los defensores de Zaragoza habían llenado sus deberes, defendiendo la plaza hasta donde humanamente había sido posible, y que cuando ya no podían hacerlo, con la conciencia tranquila por la bondad de la causa que defendían, con la frente erguida y sin esquivar la muerte, se entregaban á discrecion.

Les dije tambien: que este proyecto lo realizaria, si contaba, como creía contar, con generales y soldados patriotas y subordinados.

El general Llave, con esa elocuente vehemencia que produce el sentimiento pátrio en una alma sublime y de fuego, dijo, al escuchar mis palabras: *Yo soy el primero que sigo á vd. por ese honroso camino.*

La opinion que me dieron todos los generales de que se había compuesto la junta de guerra, fué: *que en el estado en que se hallaba la plaza, era conveniente que yo entrara en pláticas con el general en jefe del ejército sitiador, con el objeto de conseguir, siempre que fuera de un modo honroso, la salida del Cuerpo de ejército de Oriente, de la ciudad de Zaragoza.*

En extracto se hizo constar en una acta, cuya redaccion encargué al señor general Mendoza, todo lo que se creyó por más conveniente de las razones y argumentos que se expusieron en la junta.

Al presentarse la minuta á fin de saber si se aprobaba ó no, los generales Berriozábal y Llave, pidieron, que á una de las proposiciones con que concluía la acta, y en la que se decía que era conveniente que el general en jefe del Cuerpo de ejército de Oriente entrara en pláticas con el general en jefe del ejército sitiador, etc., se le agregaran estos conceptos: *que opinaban de esta manera, porque no se había dispuesto la salida del Cuerpo de ejército de Oriente en tiempo oportuno.*

Mandé que la proposicion quedara reformada en esos términos; porque constando en ella la opinion de los referidos generales, debía escribirse en la forma y con las palabras que estimaran por conveniente.

Los generales Mendoza, Paz y Mejía, al recogerseles la firma y ántes de ella, escribieron esta nota ó razon: *Estamos conformes con el contenido de esta acta, excepto con las frases que se han agregado á la proposición que se reformó, porque jamás hemos creído que ha habido un dia en que haya sido oportuno que salga de la plaza abandonándola, el Cuerpo de ejército de Oriente.*

El general Berriozábal opinó porque diera en el acto poderes al general Mendoza, para que fuera á arreglarse con el general Forey, propuesta que no admití, diciéndole: que no comprometería en lo